

**ORDEN Y DESORDEN EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA.
APUNTES PARA COMPRENDER LA CONFLUENCIA DE EXPRESIONES
ECONOMICAS Y SOCIALES EN MEXICO**

Order and disorder in the capitalist society. Notes to understand the convergence of economic and social expressions in Mexico

Yerko Castro Neira

Yerko Castro Neira

Antropólogo que trabaja en zonas de frontera disciplinaria de las ciencias sociales y las humanidades interesadas en los fenómenos de la migración internacional, los estudios sobre la ley y el análisis del Estado. Ha hecho trabajo de campo entre migrantes mexicanos en California y en México y ha estudiado las transformaciones de sus sociedades, sus estructuras sociales, su cultura y las formas de cohesión social o fragmentación que son el resultado de los momentos históricos que ellos y nosotros vivimos. Es Profesor-Investigador del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas, en donde imparte clases de teoría social, antropología jurídica y antropología del Estado en el posgrado de antropología, dirigiendo alumnos en sus tesis de maestría y doctorado. Es uno de los coordinadores de la Línea de Investigación de "Redes de poder y sistemas de justicia" en el Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la UIA. Entre sus publicaciones más recientes están del 2012: "La migración y sus efectos en la cultura", publicado por CONACULTA. También "*La justicia y sus márgenes. Notas para comprender los efectos de la migración de indígenas de México a Estados Unidos*", manuscrito examinado y aceptado para ser publicado en Latin American Perspectives. Y junto con Lurgio Gavilán, "*Lurgio Gavilán. Memorias de un soldado desconocido: autobiografía y antropología de la violencia*", Edición conjunta Universidad Iberoamericana de México y el Instituto de Estudios Peruanos.

E-mail: yerko.castro@ibero.mx

Resumen

En este trabajo se presenta el análisis de un pueblo del estado de México, en donde se han producido una serie de transformaciones sociales, económicas y culturales. De raíz indígena y campesina, durante el siglo XX, el pueblo se dedicó a la producción de artículos de lana alcanzando notoriedad como lugar de producción de bellas artesanías. Con el paso del tiempo y el arribo de nuevas tecnologías y población inmigrante de muchos lugares diferentes de México, la configuración del pueblo cambió. La producción de ropa en maquilas familiares, la venta para México y el extranjero, y la multiplicación de mercados y lugares de ventas, son sólo algunos de los rasgos de esta sociedad que es ahora mismo, muchas sociedades distintas en su interior. El texto intenta responder acerca de cuáles son los efectos del capitalismo en este tipo de lugares de raíz rural, y cómo se puede comprender la confluencia de mundos culturales y económicos tan distintos.

Palabras claves: Capitalismo, economía, cultura, artesanías y producción textil.

Abstract:

In this article I review the transformation of a town in State of Mexico. This place has been changing dramatically during the twentieth century. The people of this town have indigenous roots and a rural history. They used to produce beautiful handicrafts. However, with the time, a lot of immigrants and new technologies arrived to this town, causing tremendous impact.

Nowadays, the production of clothes emerges in a fragmented and postfordist ways. This dimension of reality is combined with ideas of community and culture. This essay tries to explain the effects of capitalism in rural realities and the confluences of different cultural and economical worlds.

Keywords: Capitalism, Economy, Culture, Handcrafts, Textile Production.

MÉXICO Y CHICONCUAC



Mapa de la República Mexicana, indicando al estado de México y en su interior, el municipio de Chiconcuac, lugar donde se realizó la investigación. Fuente: Trabajado por Isaac de la Vega, asistente del proyecto de investigación, a partir de mapa del sitio www.buscate.com.mx, octubre de 2010.

Introducción: el problema de estudio y el método de trabajo.

El capitalismo actual lo desorganiza todo (Lash y Urry, 1998: 25)

Al observar el comportamiento económico de muchos lugares, vemos no sólo una, sino muchas maneras en que se expresa el capitalismo. Una abigarrada mezcla de formas que combinan, al mismo tiempo y en un mismo espacio, cadenas de producción y consumo fragmentadas y des-localizadas, con fabricantes y vendedores conectados con lógicas étnicas y fidelidades comunitarias, las cuales, además, parecen indicar que las líneas que dividen lo legal de lo ilegal, lo permitido de lo ilícito, no son más que tenues marcas que se pierden a los ojos del observador.

Marx desarrolló un cuadro explicativo con certezas de predicción sobre el capitalismo. Hace más de 150 años comenzó a dibujar un panorama detallado sobre sus orígenes, y en su deseo, un proyecto de destrucción del mismo. El mundo presentado por él ya no es igual. Las transformaciones esbozadas ofrecen, al analista, el enorme desafío de intentar comprender la variedad de expresiones registradas en las sociedades capitalistas.

Vivimos una época distinta a la de Marx, eso es evidente. Un collage de diferentes expresiones, conectadas, dependientes unas de otras. Hemos pasado, ha dicho Jameson, de un tiempo donde primó la idea de clase dominante y sociedad burguesa, a una sociedad con amos sin rostro (Jameson, 1991). Al anunciado exceso de sentido expuesto por Santos (2004), se suman manifestaciones más propias de un *estado de emergencia permanente*, en la idea de Benjamin, lo cual obliga a ir más allá de explicaciones sustentadas en dicotomías y lógicas binarias¹.

Es necesario ofrecer una lectura que, al ir más allá de la aculturación y el sincretismo, pueda diagnosticar lo que está sucediendo, y en este sentido, volver, junto con Marx, a responder a la pregunta de qué es el capitalismo hoy en día.

¹ Me refiero a trabajos que, en momentos bien diferentes, han intentado explicar el lugar que el desorden ocupa en el orden social y cultural. Vistos en conjunto, estos trabajos sostienen la idea de que el caos es más bien lo constante y no la excepción. Llevado este postulado a ciertos extremos, esto supone reconsiderar las herramientas que teníamos para dibujar lo social, en el sentido de que estructura, funcionalismo y equilibrio habían sido tomados por regla en estas caracterizaciones (ver, entre otros, Benjamin, 1977; Taussig, 1995; y Santos, 2004).

Para intentar una aproximación preliminar a estas inquietudes de magnitud, desde la antropología y con la presentación de un caso etnográfico, voy a ofrecer algunas respuestas posibles. El caso en cuestión consiste en el análisis de un pueblo ubicado en el estado de México, a escasos kilómetros de la ciudad de México, en una región que hasta hace poco era considerada como marcadamente rural, ubicada en los márgenes del Lago de Texcoco, y en cierta forma, en los márgenes de la propia economía y sociedad mexicana.

Sin embargo, hoy en día el pueblo presenta una gran variedad de expresiones económicas y culturales, donde a cierta continuidad del viejo orden rural, le acompaña un nuevo orden postindustrial. Al mismo tiempo, se trata de un espacio donde se entremezclan los componentes capitalistas y no monetarios, todo lo cual, contrario a lo que a primera vista se podría suponer, no nos permite afirmar que vemos una sociedad conformada por mundos separados, sino al contrario, como un continuo de rasgos culturales y sociales en expansión.

En este sentido, si observamos las profundas transformaciones en el campo mexicano de hoy en día, si miramos, además, la dilución de líneas que dividían claramente lo local de lo nacional, lo rural de lo urbano, el modo de producción capitalista de las economías precapitalistas, podríamos preguntarnos: ¿cuáles son los efectos de este capitalismo acelerado en los espacios “locales” analizados? ¿cómo responden las personas, las familias, y los habitantes a esta abigarrada mezcla de expresiones económico-culturales? ¿mediante qué procedimientos, pasos, reglas de sociedad, se configuran las culturas y se modifican sus significados? ¿cuáles, en definitiva, son las concepciones que podemos elaborar acerca del capitalismo y la cultura en estos momentos?

Hay tres puntos de partida que quiero manifestar desde un inicio. Primero, y ya lo he insinuado, que el capitalismo es una manifestación económica de alto impacto social que, en sí mismo, encierra una variedad de expresiones distintas y complementarias. Hay *muchos capitalismos* y, de ello derivado, lógicas culturales y sociales diferentes entre sí.

Segundo, el capitalismo no es sólo economía. Encierra un cuadro complejo de lógicas culturales y significados sociales. Al ir expandiéndose por el mundo, este

sistema económico y cultural supo adaptarse y sobrevivir, al punto de hacer compatibles modos de producción y de existencia, consumos y circuitos que antes nos hubiesen parecido imposibles de coexistir.

Y tercero, discutir estas cuestiones no es, en absoluto, lejano a la mirada de la antropología, como tampoco es un ejercicio ocioso o excesivo. Además del valor combativo inserto en su discusión, se trata de aportar una ética económica para nuestros países. Si ustedes coinciden conmigo en que no hay uno, sino varios tipos de capitalismo, entonces sería útil preguntarnos si acaso estaremos viviendo el mejor de los posibles. Conviene, en este sentido, avanzar hacia una ética del mejor capitalismo para nosotros, y no sólo lamentar su triunfo o continuar augurando su total transformación.

De todo lo dicho se deduce que mi objetivo en este escrito es doble. Por una parte, intelectualmente quiero entender el mundo rural mexicano en una época de transformaciones en torno al capitalismo de la postorganización. Por otra parte, éticamente quiero reflexionar sobre la sociedad en la que vivimos, con miras a pensar en su mejoramiento desde un esfuerzo intelectual.

Este trabajo se desprende de un proyecto de investigación que trabajé entre los años 2010 y 2012. El objetivo era analizar, de modo comparativo, la manera en que la globalización económica y laboral ha venido transformando espacios regionales de México.

Específicamente, este documento es el resultado de mi primera estancia de campo, realizada entre los meses de mayo y julio de 2010 en el pueblo de Chiconcuac, y de las frecuentes visitas que estuve realizando durante todo ese año al poblado.

El cambio económico en Chiconcuac. De la producción de lana a la irrupción de las maquilas

“Chiconcuac es un pueblo de tejedores y fabricantes de artículos de lana ubicado a orillas del Lago de Texcoco, en uno de los márgenes de la ciudad de México-”.

Así reza una de las recopilaciones de historia local, escrita por un cronista del pueblo², probablemente uno de los pocos habitantes que a sus ochenta años aun habla el idioma náhuatl local. Sin embargo, en muchos sentidos es una historia mítica que no refleja lo que en la actualidad ocurre.

Ya no existe el Lago de Texcoco, éste se ha secado producto de las diferentes actividades humanas y de la impresionante expansión de la ciudad de México, la cual como un mar desbordado, lo ha inundado todo hasta ir consumiendo pueblos y pequeñas ciudades que antes eran parte de las afueras de su área de influencia.

Tampoco es ya un pueblo de tejedores y fabricantes de artículos de lana. Sobreviven algunos, es cierto, y existe un marcado interés de algunas autoridades del pueblo por recuperar, aunque sea en parte, la época de esplendor de estas actividades que llegaron a imprimir un sello a este lugar como uno de los pueblos mexicanos fabricantes de bellas artesanías de tapetes, suéteres y diferentes piezas de vestuario.

Sin embargo, a los ojos de cualquier transeúnte que decida recorrerlo, el pueblo aparece como una sucesión de calles transformadas en mercados públicos donde se vende, como los mismos pobladores dicen, “casi todo tipo de ropa”. Una sucesión de locales comerciales, puestos semifijos y carritos ambulantes, donde a una infinita variedad de productos textiles le acompañan colgadores, probadores, letreros con marcas locales y maniqués que parecen multiplicarse hasta otorgar al observador una curiosa imagen estética donde se inundan los sentidos y se pierde la idea de que estamos aun parados en un pueblo que conserva los rasgos de la ruralidad que ha descrito la literatura social. En una de mis primeras impresiones, apuntadas en mis notas de campo, consignaba,

Mirado a la ligera, el pueblo representa un caótico lugar articulado al mercado y al tianguis³ local, regional, nacional y global. Sin embargo, por debajo de

² Los cronistas son especialistas de la historia local. Cada nueva administración municipal designa a su cronista, quien estará encargado de escribir los sucesos relevantes que se vayan sucediendo a lo largo del período de gobierno. Es un narrador de lo que sucede en la actualidad, aunque también es común que los cronistas escriban monografías sobre la historia del municipio. Algunas veces son pagados, en otras no, pero todos están agrupados en la Asociación de Cronistas del estado de México, la cual se coordina, en parte, con el Instituto Mexiquense de Cultura.

³ Tianguis es una palabra náhuatl, y refiere a los mercados o días de plaza que existen en todo México desde antes de la llegada de los españoles. Es una institución muy antigua en el mundo indígena mexicano, y que ha sobrevivido hasta nuestros días, con modificaciones en varios aspectos.

toda esa estructura de comercio familiar y de capitalismo flexible, descansa una densa red de fidelidades étnico-religiosas. Pareciera que el mundo indígena mestizo (de densas redes organizativas) continúa latiendo junto a ese sistema complejo de comercio y producción de ropa (Notas de campo, mayo de 2010).

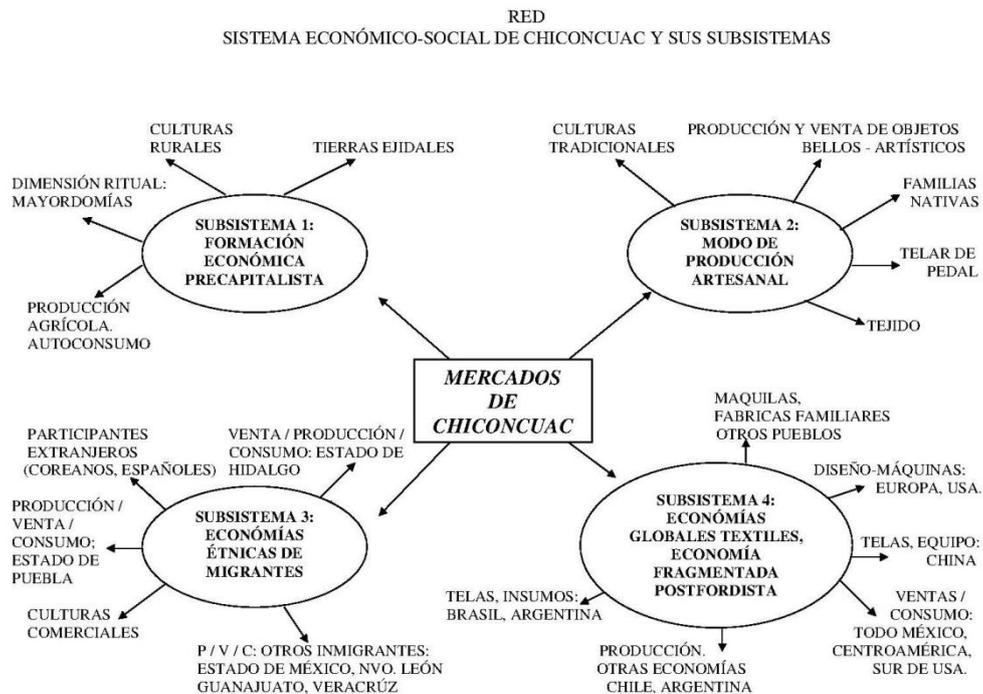
El aspecto actual del pueblo en poco se parece a la descripción planteada por el cronista y con la cual abrí este apartado. Recuerdo que al recorrer uno de los mercados, uno de los vendedores con los que hablé en el inicio de mi estancia, me indicó una de las expresiones locales que refleja con claridad lo que ocurre. Él me dijo: “en México todos los pueblitos tienen un mercado, pero este mercado, tiene un pueblito”.

Con esta expresión, él estaba destacando la enorme centralidad del comercio en la vida social del pueblo, lo cual define las lógicas culturales, los estilos estéticos y las propias concepciones más importantes de sus habitantes.

En cierta forma, para este comerciante “el mercado tiene un pueblito” porque el mercado es, en varios sentidos, el fenómeno social total que organiza, da pautas y estructura el sistema de relaciones sociales, económicas y culturales en el lugar. Chiconcuac es un pueblo donde el mercado es mucho más que un espacio acotado de intercambios y venta de productos. Es, por así decirlo, el espacio social y cultural donde la mayor parte de las relaciones sociales se van configurando, modificando, hasta alcanzar sus características actuales.

Sin embargo, al lector le debe quedar claro que el mercado no es, estrictamente, “un mercado”. Al contrario, es un sistema de mercados compuesto por al menos cuatro componentes sustantivos. Para una mejor comprensión de esta idea, voy a presentar la siguiente ilustración con la “Red del Sistema Económico-Social de Chiconcuac y sus Subsistemas”.

Básicamente hoy se puede entender como aquella actividad comercial que se realiza en las calles y espacios públicos del país.



En lo que sigue, intentaré explicar cada uno de estos componentes del sistema. Como se podrá entender preliminarmente, esta ilustración se presenta con fines solamente analíticos puesto que cada uno de los elementos está vinculado e interrelacionado con el otro. Aparecen separados para explicar el origen y desenvolvimiento de cada uno, no obstante, las personas y habitantes del lugar los experimentan de modo unitario y muchas veces complementario.

Hay varias preguntas preliminares que pueden surgir en este punto. Por ejemplo, ¿cómo se llegó a este orden de cosas?, ¿qué hechos tuvieron que ocurrir para que Chiconcuac fuese, ahora mismo, un espacio que contiene en su interior, muchas realidades diferentes y hasta cierto punto, contrastantes?

Para intentar dar un panorama frente a estas inquietudes, veamos primero brevemente la historia del lugar para pasar después a revisar cada uno de los componentes del sistema económico y social.

Un poco de la historia del lugar y de las transformaciones en su organización económica

Mirado en su perspectiva histórica, Chiconcuac experimentó una serie de acontecimientos a lo largo del siglo veinte para que este orden de cosas se fuese configurando de este modo. Con escasa tierra para sus habitantes, la mayor parte de ellos comenzaba el siglo veinte combinando su trabajo en las haciendas cercanas con la fabricación de prendas de lana.

Como muestran numerosas investigaciones antropológicas en la región⁴, Chiconcuac vio el cambio de siglo en una época marcada por la presencia de las haciendas. Entre 1890 y 1916, estos espacios se transformaron en la principal fuente de empleo para la población local, en especial si consideramos que la mayor parte de sus habitantes no tenían tierras. Las haciendas cultivaban maíz, cebada y trigo, y contrataban peones entre los pueblos cercanos a cambio de un salario en dinero (Creel, 1977).

Varios estudios indican que más del 60% de la población carecía de tierras, por lo que a la producción agrícola de pequeña escala y en las faenas de las haciendas, se sumaban las actividades comerciales de venta de artículos textiles diversos. De hecho, uno de los temas recurrentes de los estudios realizados en la región durante los años setenta y ochenta, consistió en el análisis de la superposición de los modos de producción campesino y capitalista en la región (Palerm y Wolf, 1980; Creel, 1977; Domenech, 1979). Estos estudios tendían, como en el caso de Chiconcuac, a intentar resolver la intrincada relación de formas campesinas de subsistencia y sus vínculos con el capitalismo expresado en la venta de ropa y artesanías.

Con la llegada de la revolución mexicana, Chiconcuac va a lograr una dotación de tierras que, para 1920, significa el fin de la época de las haciendas. Desde estos tiempos el pueblo mantenía similitudes y diferencias con los otros pueblos de la región. Una base étnica nahuatl, un intrincado sistema de organización cívico

⁴ La región ha sido estudiada por numerosos contingentes de alumnos de antropología de la Universidad Iberoamericana, quienes comenzaron a llegar allí desde que Ángel Palerm ayudará a establecer en el cercano pueblo de Tepetlaoxtoc una estación de campo para que sus estudiantes hicieran allí sus prácticas. Esta fue también una región de estudio para las investigaciones que Palerm y Eric Wolf realizaron juntos, lo cual produjo entre otras, obras como *Agricultura y Civilización en Mesoamérica*, 1980.

religioso propio de estos pueblos indígenas, el desarrollo de una precaria actividad agrícola y un sistema de fidelidades basadas en familias y barrios conformando una particular estructura social de amplios significados culturales. Estas eran cosas más o menos compartidas en la región.

En las diferencias, Chiconcuac llegó a presentar contrastes con sus vecinos, marcadas éstas principalmente por las actividades vinculadas a los tejidos en telar. De acuerdo a un censo de 1917 recabado por Creel, existían en el pueblo un 85% de personas que reconocían que su actividad económica principal era como “lanilleros”, es decir, trabajadores de la lana.

Como muestran mis entrevistas, era común escuchar en esos tiempos que los hombres se iban de viaje, lo que significaba que luego de haber fabricado algunos tapetes, se marchaban rumbo a la ciudad de México a vender sus productos. Don Exequiel Delgado, con sus 78 años, recuerda cuando su padre se iba, en los lejanos años cuarenta rumbo a la ciudad a, en su expresión, *buscar la vida*. Si lograba juntar algo de dinero lo hacía viajando en tren desde Tepexpa, sino, y era lo más común, salía caminando e iba orillando el Lago.

Progresivamente la fisonomía social del pueblo fue cambiando. Varios de estos vendedores comenzaron a concentrar cierta influencia en la población, a la par que empezaba a crecer el número de talleres familiares donde se fabricaban en mayor cantidad los productos artesanales.

Los viajeros fueron los primeros comerciantes del poblado. A ellos se les llevaba el sarape que la familia necesitaba vender. Y ellos regresaban con maíz y lana para la comunidad. Por lo general los viajeros contaban con su propio taller familiar y quienes tenían talleres con asalariados también eran viajeros. Su posición dentro de la comunidad era importante, puesto que muchas veces dependía de ellos la realización de un producto (Creel, op.cit.: 81).

Hay, en esta época, dos elementos que van a volver a provocar una transformación mayor en la localidad. El primero se comienza a registrar con el levantamiento de un mercado municipal en el centro del pueblo, lo cual hizo que ya no fuese necesario salir a vender los productos hacia la ciudad, siendo posible que los compradores se acercasen a los fabricantes. Y el otro cambio consistió en la introducción progresiva

de lanas sintéticas y pequeñas maquinas que irían acabando con los telares tradicionales y el tejido a mano⁵.

Quienes recuerdan esa época, hablan de un momento de precariedad y carencia. Los talleres eran aun pequeños, la producción escasa y aunque había signos de lo que vendría después como despegue económico, estaba lejos de ser lo que es en el presente.

De acuerdo a los antiguos habitantes con los que trabajé, para los años cuarenta Chiconcuac llega a su máximo en la masificación del trabajo artesanal. El telar de pedal representaba entonces el instrumento ubicado en el centro de la vida social y cultural del pueblo. Todo el mundo participaba desde el diseño, la confección y venta de sus productos. La lana era procesada por ellos mismos, e incluso se vendía mojada en el, hasta entonces, único mercado del pueblo. La venta de la lana húmeda representaba para sus compradores la seguridad de estar adquiriendo un producto de calidad y producido en la región.

Sin embargo, con el aumento de la demanda de sus productos desde Estados Unidos (sumido en la escasez de producción producto de su participación en la Segunda Guerra Mundial), los artesanos incorporan lana importada desde distantes lugares como Argentina y abandonan el uso de anilinas naturales, las cuales son reemplazadas por anilinas químicas.

Para los años sesenta, Chiconcuac experimenta el inicio de su proceso de industrialización, marcado por tres factores que van a ser claves. Primero, el mejoramiento de la red de caminos regionales y de enlace con la ciudad de México, lo cual facilita enormemente el desplazamiento hacia y desde el pueblo. Segundo, el paso de la antorcha olímpica en 1968 por el poblado, lo cual produjo que se hicieran frecuentes las visitas de turistas, principalmente de Estados Unidos, a quienes se les ofrecía como parte del tour hacia las pirámides de Teotihuacán (ubicadas a escasos kilómetros de Chiconcuac) una visita para conocer las artesanías del lugar.

Y tercero, el progresivo arribo de nuevas máquinas y población inmigrante proveniente de varios estados de México, que comienza a descubrir que este lugar era

⁵ Me es imposible, por cuestiones de espacio, explicar con detalle el conjunto de factores que provocaron los cambios sociales mayores en el pueblo. Quiero tan sólo referirme a algunos de ellos con el fin de que el lector pueda ir formándose un panorama general de las transformaciones ocurridas.

un espacio privilegiado para la venta de sus productos. Hasta antes de ese momento, en el pueblo las lógicas económicas hablaban principalmente de un modo de producción artesanal, sustentado en las unidades domésticas y en los talleres familiares, lo cual había ido construyendo una imagen de estructura social muy segmentada, con familias ubicadas en el centro del poblado, controlando las fases de producción y venta, y donde los matrimonios entre estas familias era, en cierto modo, un claro mecanismo de reproducción de las jerarquías sociales.

Sus habitantes para esos años, habían ido perdiendo progresivamente el uso de la lengua náhuatl y el modo de vida campesino, conservando sólo una parte de lógicas culturales más características de su pasado indígena y rural. Con los cambios ocurridos en los años sesenta, el reemplazo de los telares por las máquinas, y el desplazamiento de las familias tradicionales por las nuevas oleadas de inmigrantes, se terminaría por producir el arranque de lo que hoy se observa con nitidez como mosaico de expresiones económicas y culturales en el pueblo.

Para don Gilberto Delgado, antiguo comerciante, la línea de cambios en el pueblo se expresa en la transformación desde la producción de artesanías a la producción semi-industrial, y lo que él denomina actualmente, la “producción semi-industrial pirata”. Raúl González, Director de Obras Públicas en el municipio, en el mismo sentido, expresa estos cambios como una secuencia que va desde el tejido a mano, pasando por las tejedoras manuales, hasta las tejedoras mecánicas de la actualidad.

En resumen, aun hay familias que conservan una porción de milpa para la producción de básicos para su alimentación, la cual convive con un modo de producción de artesanías que está casi completamente agotado. Sin embargo, el motor económico de la sociedad lo constituye una producción fragmentada enlazada con economías familiares de nativos del pueblo, y economías étnicas de inmigrantes que, en conjunto, controlan la mayor parte de las etapas de producción de ropa, encargan ciertas etapas en pueblos distantes o en maquilas de otros estados, y distribuyen para todo México y el extranjero.

Los cuatro componentes del sistema económico y social de Chiconcuac

Subsistema 1. Formación económica precapitalista

A pesar del vertiginoso ritmo de las economías de Chiconcuac, aun es posible observar la manera en que descansa un sustrato rural por debajo de todo ese dinámico movimiento comercial.

Como lo he apuntado en el breve recuento histórico del poblado, aquí se comenzó el siglo veinte con una estructura social caracterizada por la escasa dotación de tierras para su población, la dependencia con el trabajo asalariado que proveían las haciendas cercanas, y la producción de artículos de lana como vehículo de llegada de ingresos alternativos.

En cierta forma, los estudios tienden a insistir que por esos tiempos una variedad de haciendas de la región “asfixiaba” a los pueblos cercanos, como el caso de Chiconcuac, dejándoles poca tierra cultivable, y ofreciendo a cambio, contratos como peones a su población (Creel, 1977).

Más del 60% de la población de Chiconcuac carecía de tierras, por lo que la economía local se podía comprender como una formación en la que una parte muy importante de la población se dedicaba a la producción de artículos de lana, otra menor al trabajo como peones en las haciendas, y una parte mínima al trabajo agrícola de manera persistente. En este sentido, sería difícil afirmar que Chiconcuac tuvo en algún momento de ese siglo, un patrón rural clásico como el descrito por la literatura sobre campesinado en México.

Sin embargo, hay dos elementos de la arquitectura social del lugar que bien pueden hacer dudar mis observaciones anteriores. En primer lugar, el hecho de que la cabecera municipal del poblado, a pesar de la ausencia de un modo de producción campesino, sí presentaba, y hasta el día de hoy lo hace, una estructura social conformada por barrios y mayordomías religiosas propias de un patrón rural característico.

En efecto, cada uno de los cuatro barrios del pueblo están divididos en manzanas, en los cuales, a su vez, sus habitantes están comprometidos en una densa red de relaciones que configuran sistemas de mayordomías religiosas asociadas a un santo

patrono (dimensión religiosa de la estructura social) y a representantes de barrios frente al orden municipal (dimensión política de la misma estructura social).

Todos los testimonios que pude recoger con los habitantes nativos de Chiconcuac, insistieron en confirmar que las autoridades de esta estructura cívico-religiosa, deben ser originarios de los barrios, no existiendo la posibilidad hasta el día de hoy de elegir o nominar a personas externas al municipio. Con el auge económico del pueblo, y la llegada de oleadas de inmigrantes al lugar, lejos de desaparecer o debilitarse este sistema de fidelidades comunitarias, parece ir fortaleciéndose cada vez más.

Este ha sido un punto destacado de los estudios sociales que se han elaborado en el lugar, los cuales tienden a discutir sobre la persistencia de la organización social tradicional ante los influjos externos. Como lo expresa el estudio de Dula Rodríguez, por ejemplo: "...en Chiconcuac la tradición no parece estar peleada con la economía moderna. En concordancia por lo señalado por Bonfil para el caso de Cholula (1973: 288), parece que también en Chiconcuac los factores modernizadores contribuyen a la persistencia de aspectos "tradicionales"..." (Rodríguez, 2008).

Y el segundo elemento que quiero destacar aquí de esa arquitectura social de la localidad, es el referido a la manera en que el mercado, a pesar de todas las transformaciones ocurridas en Chiconcuac, siempre ha estado en el corazón del sistema de relaciones sociales.

Mirando la historia de este lugar, se puede afirmar que, a pesar de los sucesivos procesos por los cuales la agricultura fue perdiendo centralidad y en su lugar lo fue teniendo el comercio, el tianguis y los sistemas de mercado fueron siempre los grandes organizadores del sistema de relaciones sociales y de la estructura social.

Por supuesto, en algún momento del siglo veinte los mercados de Chiconcuac coincidían con lo que las investigaciones proponían para las sociedades campesinas de México, donde podían ser definidos como organizaciones de participación de minifundistas, quienes llegan en estos espacios, a satisfacer las necesidades de la familia campesina. Sin embargo, "...su ritmo, contenido e intensidad han sido configurados por la dialéctica entre la producción indígena y las instituciones comerciales por una parte, y las exigencias depredatorias de la producción capitalista en expansión por la otra" (Diskin y Cook, 1975: 35).

La mayor parte de los trabajos existentes en el lugar, han tendido a resolver la dialéctica relación entre aquellos modos de producción campesinos e indígenas, y la influencia de la industrialización y el capitalismo. Como lo ha expresado Domenech, los objetivos han consistido en ver cómo las comunidades campesinas, “...se van articulando con el sistema capitalista dominante, y que en última instancia es el que va imponiendo sus exigencias al modo campesino y le obliga a adaptarse a ellas” (Domenech, 1979: 2).

Casi siempre guiados por una perspectiva marxista en economía, y sustantivista en antropología económica, los estudios realizados, en gran parte influidos por los trabajos de Palerm y Wolf en la región, se enfocaban en el descubrimiento de esas relaciones entre sistemas económicos distintos, para concluir que, aunque diferentes a las economías primitivas de Polanyi, los modos de producción campesino constituyen esferas y lógicas diferentes al modo dominante en economía, y además, en tanto sistemas económicos, imbuidos están de aspectos no económicos que los presentan y explican.

Un buen ejemplo de la persistencia de estas lógicas rurales y campesinas en Chiconcuac lo constituye Don Adrián Zavala. Como Primer Subdelegado del Barrio de San Pablito, Don Adrián combina su trabajo en el barrio con el cuidado de su milpa, la cual heredó de su padre.

Su terreno está ubicado en un lugar llamado tierra grande, muy cerca del mercado de la calle Buenos Aires, uno de los más grandes de Chiconcuac. Allí cultiva maíz y alfalfa. Él recuerda cuando hace poco tenía animales, pero ahora dice que “esto ya no es negocio”. Cada inicio de mayo comienza a trabajar la tierra para sembrar a fines de ese mismo mes. Le echa abono y la barbecha para que se revuelva, ayudado por un tractor que renta para esas tareas.

Con cierta tristeza expresa que él ve como ya casi nadie tiene tierra, “y los que tenían, ya la vendieron, y más encima a gente que no es de aquí, yo pienso que eso está mal”. Su tierra depende de las lluvias, porque aunque tiene riego, es tan poca el agua que entra, que tarda demasiado en esperar para trabajarla.

Don Adrián Zavala es una de las pocas personas que aún conserva el gusto por trabajar su tierra, a pesar del calor y del esfuerzo que ello implica. Pero también es

consciente que esto no va a durar mucho. Insiste en que “ahora la juventud ya no es de campo, al salir de la secundaria algunos agarran de bicitaxis, otros se van de chalanos (ayudantes) al mercado o de chalanos en las bordadoras. Va a llegar el momento en que las parcelas se van a acabar porque el comercio está acabando con el campo”.

Quizás en su testimonio Don Adrián esté en lo cierto. Sin embargo, probablemente por nostalgia, o por el intento de recuperar un pasado que pudo haber sido mejor, muchas personas del pueblo reciben con muchas ganas la llegada, cada año, de la Feria de Texcoco. En ese evento, y durante varios días, se hacen distintas actividades propias de la vida campesina de México. La llegada de caballos con sus jinetes, pruebas de destreza con toros, y actividades similares se van combinando con bailes y conciertos con artistas de los géneros más populares en el mundo rural mexicano, como las rancheras, los mariachis, en un escenario cargado de significados acerca de contextos que, aunque disminuidos en su presencia y en lo que fue, continúan latiendo en esta región y en este pueblo.

Para confirmar estos testimonios, fui a conversar con Raúl González, director de Obras Públicas en el municipio. Me explicó que “todos los años se pierden las áreas de cultivo porque este es un municipio de comerciantes. Hace 30 ó 40 años era un municipio agrícola, articulado en torno al maíz, luego dedicado a la artesanía, y hoy a lo textil”.

Hoy en día la agricultura se concentra en el noroeste y sur del municipio, y aunque persiste la presencia de tierras ejidales, el uso agrícola de las mismas va en descenso año con año.

Subsistema 2. Modo de producción artesanal

Algunas personas del municipio, en especial en Casa de la Cultura de Chiconcuac, han levantado un proyecto que busca rescatar la artesanía en el poblado. En su perspectiva, se han perdido los valores culturales producto de la producción masiva de ropa sin calidad, de la irrupción del dinero como el verdadero Dios del pueblo, y los problemas que esto trae a la hora de generar un cambio entre los jóvenes. Varios

artesanos apoyan esta iniciativa, al igual que algunos viejos comerciantes del centro de Chiconcuac, la mayoría mayores de 60 años.

Ellos me han dicho insistentemente: “aquí llegó primero la riqueza, después la cultura”. O incluso como una manera de sentenciar sus opiniones, “Chiconcuac es un pueblo rico económicamente pero pobre culturalmente”⁶. Este diagnóstico, por supuesto, no es mayoritario, pero me interesa destacar que hay aquí un gran problema.

Don Silverio Delgado, un hombre de más de ochenta años, me cuenta con tristeza la manera en que las artesanías se fueron perdiendo. En su diagnóstico de la situación, ahora sólo hay talleres familiares, que no son formales y no pagan impuestos:

...trabajan callados. Producen playeras, otros camisas, otros pantalones, otros prendas de mujer, en fin, ahí se dedican a producir y tener utilidades, pero ya no es artístico, ya no es artesanía, ya no es nada, pasaron a ser talleres de confección común y corriente como puede haber en cualquier otro punto de nuestro México, vamos a hablar de Lagunilla, el Distrito, Tepito, produciendo lo que producían los israelitas, los árabes, los que manejaban la ropa en esos años, pero ahora es Chiconcuac donde se elabora mucho eso, pero señores, ya no... ¡Ya no es artesanía!. Existe la palabra nada más pero no saben qué cosa es artesanía (Entrevista en junio de 2010).

Don Silverio me cuenta con orgullo que en 1988 viajó a Madrid a buscar su premio como primer lugar en el concurso de tapetes, concurso organizado por el gobierno y la universidad de Madrid. Y también me relata como a fines de 1970, mientras visitaba París, quedó muy decepcionado con el zarape (poncho) que tenía la Virgen de Guadalupe en la Catedral de Nôtre Dame. Habló, en aquella ocasión, con los encargados de la iglesia y les propuso enviar un nuevo zarape a su regreso a Chiconcuac, cosa que hizo unos meses después.

Tanto don Silverio como Gabino Rosales recuerdan la relación tan fuerte que tuvo Diego Rivera con el pueblo. Por aquí visitaba frecuentemente el poblado mientras dibujaba su mural en Chapingo y de hecho la familia Delgado guarda aun una foto tomada a toda su familia por Tina Modoti, amiga del muralista mexicano.

⁶ Pueblos de la región mantienen una relación, muchas veces, de envidia con los habitantes de Chiconcuac. Desde hace muchos años les llaman, menospreciándolos, *los burros de oro*, como una manera de destacar que son personas con mucho dinero pero con escasa cultura o educación.

Don Gabino está contratado por el municipio para dar clases de telar a los jóvenes. Él me cuenta que su padre trabajó con Leonora Carrington, la famosa pintora inglesa vecindada en México, con quien su padre logró co-producir varios tapetes. Igual cosa hizo con el artista plástico Robert Brady, quien a partir del diseño de las obras, encargaba al padre de Gabino que las reprodujese en sus tapetes. Varias de estas obras fueron expuestas en Nueva York⁷.

Pero las acciones del municipio tendientes a rescatar las artesanías que dieron fama a este pueblo no son nuevas. Ya en 1992 se promovió el proyecto “Rescate del telar para el tejido de sarapes en Chiconcuac”. En el documento oficial del proyecto, se podía leer en una de sus secciones: “El chiconcuacuense trae la habilidad para tejer en su sangre, la sensibilidad en su alma, la creatividad en su mente y el arte en su genética” (Citado en Hernández y Rangel, 2001: 69).

Gilberto Delgado es muy crítico cuando habla de la pérdida de las artesanías. Me dice que el trabajo en el pueblo se ha degradado. Antes era rústico, pero había calidad. En su opinión, con la proliferación de la fibra sintética desde los años setenta, la producción es de pésima calidad. Y concluye: “mire usted, si la mercancía se ha degradado, también se ha degradado la clientela”. Con esto me estaba indicando parte del diagnóstico que ya había escuchado reiteradamente en el pueblo; aquel que dice que progresivamente fueron desapareciendo los compradores provenientes de Estados Unidos y de las colonias de las clases altas de México, como Las Lomas o Polanco.

Estos relatos podrían continuar hasta el cansancio. Una parte importante de los antiguos comerciantes del pueblo sostienen una opinión crítica sobre el presente y futuro del pueblo. La producción se ha masificado y esto ha traído como consecuencia una notoria ausencia de calidad. Para Sergio Delgado, esta situación se asocia claramente al cambio tecnológico y a la llegada de máquinas que aumentaron la velocidad de producción y fueron acorralando a la producción artesanal. La mayor parte de los artesanos que he conocido en este tiempo, ha insistido en que ya no

⁷ Diego Rivera es, probablemente, el muralista mexicano más conocido en el mundo, en un país con una importante tradición en este arte. Tina Modotti es una fotógrafa de origen italiano que vivió intensamente en México en el período postrevolucionario. Hay varios otros artistas famosos que mantuvieron una relación artística con el pueblo y que los habitantes más antiguos recuerdan con nostalgia.

producen para vender, sino simplemente para no olvidar lo aprendido y dejar recuerdos bellos a sus hijos.

Si miramos la historia de Chiconcuac podemos descubrir la manera en que, durante buena parte del siglo veinte, la producción de artesanías fue el sello y motor económico de este lugar. Este proceso se comenzó a consolidar en la primera mitad del siglo pasado.

En efecto, para 1935 se introduce la energía eléctrica en Chiconcuac, lo cual le dio un primer impulso importante a la producción familiar de artesanías. La familia era la unidad básica de producción, y la venta se realizaba en el mercado del pueblo o por medio de los viajeros que llevaban mercancías a la ciudad de México y a pueblos cercanos.

Para 1945 se comienza a sustituir la lana natural por las fibras sintéticas, a la vez que el mercado local comienza a adquirir una notoriedad regional importante. Se amplía la producción familiar y algunas casas conforman verdaderas fábricas guiadas bajo lógicas productivas más propias de la industria que de la producción doméstica. En los años setenta se introducen una serie de innovaciones tecnológicas, como las máquinas tejedoras de hilo, el hilado en torno, y varios de los productores locales comienzan a extender sus relaciones comerciales con otros pueblos productores de textiles en México, como Santa Ana Chiautempan en Tlaxcala, gracias a los cuales reciben influjos para el cambio tecnológico diverso.

Sin embargo, la introducción de máquinas y de nuevas tecnologías fue desplazando progresivamente a las artesanías a un lugar secundario, y en su puesto comienza la maquila y la producción de ropa a obtener la centralidad que mantiene hasta nuestros días.

Don Exequiel Delgado es un señor de 80 años que durante una buena parte de su vida se dedicó al trabajo con el telar de pedal. Este instrumento fue el centro de su vida y de la vida de una buena parte de los habitantes del pueblo. Me explicó cómo comenzó a aprender a usarlo desde los 6 años cuando su padre le enseñó a armar las canillas, el primer paso para luego ir hilando en el telar.

Con el tiempo empezó a conocer todos los secretos del oficio hasta que a los 14 años su padre le pasó su primer telar. Recuerda que a él le gustaba trabajar con los

tintes naturales que eran los más valorados por el turismo americano, y que eran los que le dieron fama al pueblo en muchas partes. Su padre logró en algún momento empezar a enviar pedidos de artesanías para Tijuana, con lo cual tuvieron durante varios años mucho trabajo.

El tianguis creció, y comenzó a llegar gente de muchos lugares de México a vender sus mercancías. La gente del pueblo, sin embargo, comenzó a dejar a un lado el telar de pedal y prefirió vender los productos de otras personas. Así fue como la producción de artesanías se fue perdiendo casi por completo. Era un trabajo muy agotador, me dice Don Exequiel, pero insiste con nostalgia en que aquel era un mejor tiempo. Las artesanías fueron lo más importante para este antiguo habitante del pueblo, y como advertencia me dice: “No debemos olvidar de dónde surgió Chiconcuac”.

Subsistema 3. Economías étnicas de migrantes

Chiconcuac se ha transformado a lo largo del siglo veinte, llegando a adquirir una fisonomía especial marcada por el crecimiento masivo del comercio y los mercados de ropa como centro de su vida social y cultural. Sin embargo, la población del lugar no es ni con mucho, una población homogénea.

A los pobladores locales (nativos), se han sumado desde los años setenta una amplia diversidad de personas provenientes de las más variadas regiones de México y de algunos otros países. Contrario a lo reportado para casi la mayoría de los estados y municipios del país, Chiconcuac es un pueblo que atrae población.

Como lo registran los datos oficiales, México y prácticamente todos sus estados son espacios expulsores de población, por lo que lugares como Chiconcuac constituyen una excepción demográfica. Esto ha generado que desde los años setenta, se hayan venido construyendo visiones muy contrastantes acerca del significado de estos procesos de inmigración.

Don Vicente Cerón es un migrante que llegó desde Hidalgo a vivir a Chiconcuac. Desde un inicio, intentó trabajar por medio de varios negocios diferentes, hasta que terminó transformándose en empresario textil. Cuando hablé con él, me dijo que la

gente nativa de Chiconcuac “nació en una mina de oro, pero como no tienen visión para los negocios, han sido desplazados por personas de afuera”.

Por el contrario, Don Sergio Delgado es miembro de una de las familias tradicionales del municipio. En su opinión, “el problema de este pueblo son las invasiones que comenzaron desde 1975 y 1980, cuando comenzaron a llegar personas de Neza, del D.F. (Distrito Federal), de los pueblos cercanos. Ahora ellos ocupan más de la mitad de los locales establecidos en el centro del municipio, y casi la mayoría de los puestos móviles de los mercados”.

Las razones por las cuales llegaron oleadas masivas de migrantes a este lugar son muchas. Podría decir que casi todas las historias migratorias que escuché son diferentes, pero todas parecen coincidir en un punto medular: Chiconcuac progresivamente se fue transformando en una atractiva plaza para los compradores y vendedores de los más diversos productos textiles.

Uno de estos casos es el de Don Juan Pérez López, un antiguo comerciante que por razones de salud ahora ya no trabaja. Desde lejos mira hacia atrás su juventud cuando siendo joven llegó a este pueblo a instalarse,

Mire usted, yo era muy pobre cuando era niño en Hidalgo. Allí quedé huérfano e iba al cerro a buscar fibra de maguey para luego venderla en algún mercado. Mi padrastró me trajo luego a vivir al Distrito Federal... En mi vida fui albañil en Polanco, conserje de edificios, vendedor de gas, hasta que por unos primos hermanos que me vieron muy mal, me pusieron a vender ropa.

Don Juan vendía ropa en varios tianguis del Distrito Federal, hasta que un día un amigo le habló de “una plaza muy buena que estaba delante de Texcoco, llamada Chiconcuac”. Sus recuerdos se entremezclan cuando regresa a lo vivido, pero hay un elemento común y persistente; el rechazo de la población local a la presencia de los “extranjeros” como él.

La gente de aquí no nos tragaba, no dejaban ponernos en ningún lugar. Al comienzo nos poníamos en la calle y había muy poca gente, pero al cabo de unos meses ya estaba lleno. Casi toda la gente de Chiconcuac empezó a comprar ropa para venderla en la calle. Ellos me decían: “Quítese de aquí, váyase de aquí. No son ustedes de aquí pero bien que vienen a estorbar”. Yo pensaba para mí mismo: ¿por qué nos tratan así? Era gente muy mala, muy envidiosa. Pedían que fuéramos a Toluca a pedir permiso para trabajar y

cuando lográbamos ponernos, nos mandaban a la policía que nos venía a levantar la mercadería. Por eso dejé de vender ropa”.

Pero Don Juan siguió insistiendo. Un día vio que nadie vendía fruta en el pueblo, así que fue a la Merced, el gran mercado de la ciudad de México. Allí compró mucha fruta y mando a hacer una vitrina con ruedas y un espacio para el hielo para la fruta fresca.

Allí fue el cambiazo. Aquí ni conocían eso de la fruta y entonces comencé a ganar mucho dinero. Así fue que traje a mis hijas, hicimos más vitrinas, y mientras yo vendía en Texcoco, ellas vendían acá en Chiconcuac, así la hacíamos pero bien sabroso. Fue así que me quedé en este pueblo, compré una tierra aquí a un ejidatario y me hice esta casa.

La opinión de la población nativa del pueblo es ambigua respecto a la gente llegada de afuera. A la mayor parte no les gustó lo que ellos llaman, “invasión del pueblo por personas de afuera”, pero saben que el gran despegue económico de Chiconcuac se debe, en parte, al arribo de este tipo de personas y de las tecnologías que también trajeron.

En una entrevista colectiva que tuve con José Guadalupe Fuentes y Felipe Estrada, Director y Regidor de Transporte y Vía Pública, respectivamente, ellos me hicieron ver también esta paradoja sobre los migrantes. Me contaron que fue bajo la presidencia de Francisco Cervantes que se abrió el comercio a muchas otras calles, y con ello, la llegada masiva de gente procedente de los más diversos estados de la república.

Desde allí que comienza el despegue económico de Chiconcuac. A ninguno nos gustaba que llegaran pero debemos reconocer que como comerciantes y fabricantes de ropa teníamos un tope, teníamos un límite. Ya no podíamos crecer mucho más. Ellos trajeron tecnologías nuevas y además, lograron que los caciques de aquí fueran aplastados. Los caciques compraban al precio que querían y pagaban cuando se les daba la gana.

En una tesis del año 1976 que encontré, también se mencionan estos conflictos, subrayando que parece que son estos años los que van a manifestar el punto máximo de conflictividad social y cultural con los extranjeros al pueblo. En esa investigación, se menciona que al interior de Chiconcuac hay dos grupos principales entre las élites que gobiernan, los cuales se mantienen divididos por el control del comercio, sin

embargo, "...se solidarizan cuando es necesario impedir, a personas de fuera del municipio, el acceso al comercio...también tienen constantes altercados con tianguistas y ambulantes al estimar injusto que comerciantes que no pagan luz, ni empleados, vendan más al dar más barato" (Cabrera, 1976: 70).

Es probable que hoy en día las tensiones entre los nativos de Chiconcuac y los de afuera no estén a la vista de todos. Sin embargo, mi permanencia en campo me permiten afirmar que son constantes las referencias de unos grupos acerca de los otros, destacando una y otra vez las distancias que existen entre ambos, las líneas irreconciliables que los dividen y que no han sido resueltas hasta ahora. Un ejemplo evidente de esto es que hasta este momento, todas las autoridades municipales, las autoridades de los barrios y los encargados de las celebraciones religiosas son exclusivamente personas de Chiconcuac.

Conviene destacar que en un comienzo es probable que los nativos de Chiconcuac hayan logrado ejercer cierto proteccionismo económico para proteger la competencia de extranjeros, en especial por el papel cumplido por las élites locales. Sin embargo, con el transcurso del tiempo fue cada vez más difícil controlar esta situación.

Por otra parte, mirado como una sociedad urbana con altos grados de conflictividad, puedo afirmar que el comportamiento de estos inmigrantes, precisamente por esas marcas de discriminación y rechazo, ha terminado llevándolos hacia una cierta existencia urbana encapsulada, como lo define Hannerz (1986).

Siguiendo las trayectorias comerciales y empresariales de personas como Don Vicente y Don Juan, en gran parte, lo que aparece es una tendencia a cerrarse como grupo que solidariza hacia su interior, y que tiende a tener una conducta más similar a economías étnicas que a lógicas simplemente de familias o pueblos sin raíces de contornos bien delimitados.

Don Juan logra insertarse en el pueblo, además que debido a su habilidad para buscar opciones comerciales, a todo el apoyo de sus paisanos provenientes de Hidalgo. Igual cosa sucede con Don Vicente, donde el primer círculo de apoyo es el de la familia extensa, luego el de los originarios de Hidalgo, hasta llegar a los "extranjeros" en donde como ellos, el rechazo es experimentado como algo cotidiano.

Como afirman Light y Gold cuando refieren a las razones que explican a las economías étnicas:

En un mundo de empleos plenos y sin discriminación, las economías de propiedad étnica y economías de control étnico no deberían ser necesarias debido a que cada uno debería obtener un trabajo adecuado en el mercado de trabajo general. Sin embargo, el mercado capitalista nunca ha ofrecido tal mundo en el pasado y probablemente no lo hará en el futuro (Light y Gold, 2000: 78).

Los debates sobre economías étnicas han tendido a subrayar los procesos por los cuales, inmigrantes del tercer mundo logran construir negocios de diversos tipos en economías más desarrolladas, usando para ello, sus redes étnicas y fidelidades comunitarias. Casos estudiados en Estados Unidos, Europa, y en algunos sitios de Asia, se preguntan si de lo que se trata es de que los inmigrantes establecen negocios como parte de su proceso de supervivencia en una sociedad extraña o, si por el contrario, se trata de etapas posteriores de su propia evolución ascendente en mercados laborales distintos a los de su lugar de origen.

La utilización del concepto de *economías étnicas* me puede ser útil en esta parte, porque aunque se ha desarrollado para explicar procesos propios de países ricos y lo que sucede con algunas oleadas de inmigrantes, detecto varias coincidencias que lo justifican. En efecto, como apunta Parella Rubio, no hay total acuerdo en los rasgos que harían posible una definición de los comercios étnicos, en donde mientras unos destacan que esto se justifica por el origen de quienes emprenden estas actividades, otros lo hacen aludiendo a las lógicas con que operan, el tipo de clientes que lo frecuentan, o los productos ofrecidos (2005: 258). Independiente de varios de estos atributos, la autora prefiere subrayar el origen extranjero como rasgo fundamental, independiente de los productos o servicios suministrados.

Tomando esta definición a priori, es obvio que en el caso estudiado, los habitantes locales marcan una clara distancia y relación con lo que ellos denominan “los fuereños”. Tanto en mis entrevistas como en mis notas de campo, he consignado las distintas preocupaciones de la población nativa respecto a lo que ellos evalúan como “invasión de extranjeros al pueblo”. Primero llegaron vendiendo sus productos, los

cuales fabricaban en sus lugares de origen, para luego, paulatinamente, ir instalándose mediante la compra de espacios y puestos para la venta.

Además de su definición como extranjeros o foráneos, estos inmigrantes comparten los rasgos de una economía étnica al momento de haber logrado sostener sus negocios gracias al capital social y a las redes étnicas con las que pudieron ir integrándose. Como afirman Ivan Light y Steven Gold, aquí también sus economías étnicas les han ayudado en los tres modos que los autores han destacado, en la creación de sus trabajos, en la captura de un empleo, y en la manera en que contribuyen a la movilidad social (2000: 55).

En realidad, lo que la perspectiva de las economías étnicas hace es destacar la atención a los factores estructurales y de agencia en la conformación de ciertas pautas económicas. Justo en el medio de esa tensión dibujada, se trata de ir más allá del marxismo y la economía neoclásica para destacar que los factores de clase son fundamentales, pero como en el caso de los inmigrantes de Chiconcuac, también los factores étnicos y culturales.

En este sentido, yo tomo lo étnico como el entrecruce de los factores de origen y de sus lógicas culturales. Mi propuesta aquí es atender a lo que mis informantes subrayan como diferencias irreconciliables entre unos y otros. Mientras que para los migrantes, los habitantes del pueblo nunca han sido portadores de una “visión productiva” de largo alcance, para los nativos, ellos representan una amenaza por su tendencia al acaparamiento y la voracidad comercial.

Mi crítica en este punto es que la antropología nacional en México demasiadas veces ha tomado a los habitantes rurales y de provincia como un todo, una especie de categoría transparente y de fácil definición. Al contrario, yo recupero la visión de las economías étnicas porque precisamente para explicar el comportamiento comercial y cultural de estos dos grupos de personas, la sola consideración a factores de clase me es insuficiente. Lo cultural, quizás con el mismo o mayor peso, puede ayudarnos a ver que las líneas interculturales entre ambos conglomerados hacen ver que es el comercio y la economía un fecundo campo de luchas culturales.

Subsistema 4. Economía fragmentada postfordista

Las economías étnicas de los migrantes están insertas⁸, al igual que en las formas de vida campesinas y el modo artesanal de producción, en la vertiginosa producción postindustrial que dibuja la forma predominante de la actualidad. Hasta cierto punto, hasta aquí he presentado un esquema y una descripción ubicando a todos los elementos en un mismo plano. Esto puede ser engañoso, puesto que el peso de cada uno de los subsistemas no es el mismo, y aunque algunos fueron predominantes en algún momento de su historia, ahora han perdido esa relevancia y centralidad.

Para una caracterización general de este subsistema, conviene, antes que nada, que ubique tres definiciones iniciales. La primera de ellas, indica que la forma predominante con que se expresa la economía local, y por tanto las relaciones sociales y culturales de ella derivadas, estaría marcado por el momento postfordista que se vive, donde la producción fragmentada y la maquila serían sus sellos característicos.

Como expuse con anterioridad, durante una parte importante del siglo veinte, fue el telar de pedal y la producción de objetos artesanales de lana los que marcaron el ritmo de la sociedad. Hasta cierto punto, puedo afirmar que fue la producción de lana la que sentó las bases para la posterior y actual producción fragmentada. La forma en que las familias se organizaron para elaborar objetos, la estructura social que reproducía un sistema de jerarquías y fidelidades comunitarias, y la orientación cada vez mayor a una economía monetaria fueron los pasos que la producción de lana dio hacia este posterior sistema fragmentado. En este sentido, la impresionante producción y venta de productos textiles actuales fue un salto y una continuidad al mismo tiempo, respecto al anterior período.

La producción postfordista consiste en el modo contemporáneo en que se organiza la economía. Harvey ha llamado a este sistema como acumulación flexible, lo cual significa flexibilidad en los procesos laborales, los mercados de trabajo, las pautas de consumo, muchas de ellas fragmentadas en el sentido de su deslocalización, muy

⁸ La mayor parte de los inmigrantes desarrollan actividades económicas bajo lógicas postfordistas, por lo que la descripción de este subsistema 4 bien puede ser útil para explicar su funcionamiento.

contrario al modelo fordista que dominó la primera mitad del siglo pasado (Harvey, 1998)⁹.

La segunda definición que propongo señala que esta particular forma de capitalismo en Chiconcuac se concentra, en varios sentidos, en un campo de tensiones expresadas en la lucha por la hegemonía de la calle. Si bien en un inicio el comercio estaba bien delimitado en torno al mercado, desde hace por lo menos cuarenta años atrás, la historia del comercio local y su expansión es también la historia de poblaciones y barrios tomando espacios de la calle para instalar allí sus puestos de ventas, en un inicio de modo bastante precario y luego de manera cada vez más definitiva. En este sentido, las ideas que tiene la gente sobre el comercio y la venta de ropa, en gran medida están configuradas a partir de las distintas concepciones de calle y de vía pública, con lo cual estos elementos aparecen como los campos de batalla de las subjetividades contrastantes.

Y la tercera definición que caracteriza a este subsistema, me indica que al crecer de modo acelerado el comercio en el pueblo, crecen también de manera explosiva los medios informales, los cuales, sin embargo, lejos de representar el fin de los espacios formales, significa la coexistencia de los medios formales e informales al mismo tiempo.

Este es probablemente uno de los signos visibles del capitalismo en la actualidad. La coexistencia de lo formal e informal, más que un hecho producido por el anormal crecimiento de las economías en el tercer mundo, parecen ser un elemento definitorio del sistema. Como lo reportan los trabajos de Castells y Portes, la informalidad es un fenómeno universal que crece en paralelo a los medios formales, por lo cual es probable pensar que su relación es de complementariedad en lugar de competencia (1986).

En las industrias del vestido, en donde prima la producción en casas, en pequeños talleres familiares, esta realidad es aun más evidente. Los estudios que he revisado en

⁹ Es imposible, por cuestiones de espacio, explicar este modelo. Puede ser suficiente que destaque que para el caso de la producción textil, esta forma de economía se comenzó a configurar por medio de las maquilas instaladas, primero, en todo el borde de la frontera norte de México, a partir de los años sesentas. Este modelo, denominado por algunos como subcontratación, y vinculado a una nueva división internacional del trabajo, en menos de veinte años para el caso de México, llegó a transformar la economía de la frontera, ofreciendo más del 70% de todas las fuentes de empleo existentes (Abedrop, 1981: 73).

esta parte tienden a subrayar el hecho de que, tanto la economía formal como la informal, están insertas en procesos de acumulación de capital, por lo que existe una articulación y codependencia entre ambas economías (Montiel, 2009:31)¹⁰.

Chiconcuac es hoy día un pueblo volcado hacia la producción de ropa bajo formas muy diversas de organización familiar, articuladas a maquilas de otros estados, a la venta en casi todo México y algunos lugares del extranjero, lo cual le da un ritmo e intensidad a lo social de modo inusual. Según los datos existentes, en el estado de México se concentra el 10% de las unidades económicas de la industria textil de México, y el 11,27 % de la ropa confeccionada en el país, por lo que esta actividad para el municipio de Chiconcuac es clave (Ramírez, 2006: 2).

Un caso que ilustra este dinamismo es el del joven Felipe Estrada, hijo de un regidor del municipio del mismo nombre. Con su esposa se dedicaban a coser en una fábrica familiar de ropa, como él mismo dice, era un trabajo duro y mal pagado. Por eso decidieron comenzar ellos mismos a fabricar jeans. Para darle un impulso a su negocio, hace un año compraron una máquina para teñir los pantalones. Esta máquina la compraron en Xicotlalpan, un pueblo de especialistas en mezclillas. Les costó 250,000 pesos. Con esta máquina, y dado que vende sus productos en los locales de su papá, puede tener un margen mucho mayor de utilidades.

Él hace el diseño de los pantalones, gracias a que estudió diseño en Texcoco¹¹. Me advierte que ésta es la parte que más hay que cuidar. Él corta los moldes, realiza las costuras, los detalles del modelo y la teñida del pantalón. Sus pantalones tienen una marca, cuyo nombre inventó a partir de la combinación de los nombres de su esposa y de él. Los pantalones que produce son muy baratos. Los llega a vender en \$ 90, de los que obtiene más de 50% de beneficio.

¹⁰ Existe una amplia literatura sobre el trabajo a domicilio, tanto el de carácter subordinado como el independiente. No es el propósito de este documento el realizar una revisión de la misma. Sin embargo, me interesa destacar que quienes iniciaron estos estudios en Europa, tendían a verlo como una fase de protoindustrialización, existente desde el siglo XV. Por estas razones, la maquila domiciliaria, probablemente el modo característico de expresión de la economía en Chiconcuac, es muy antiguo y constituye un poderoso organizador del sistema postfordista en la actualidad.

¹¹ De acuerdo a los relatos obtenidos en campo, existe una numerosa cantidad de jóvenes que han estudiado diseño, en escuelas cercanas al poblado, en universidades prestigiosas del país, e incluso en el extranjero. Es muy conocido el hecho también de que varios jóvenes viajan constantemente a Estados Unidos o a España para comprar ropa y copiar modelos. Como me dijo un joven que hace esto regularmente: “a veces te va bien con el nuevo modelo y le pegas al negocio, otras simplemente es un fracaso”.

En tiempo de poca venta produce unos 500 pantalones, pero en temporada alta llega a fabricar unos 10,000 pantalones. La tela la compra de China o de Brasil, y él mismo reconoce que su objetivo siempre fue llegar a controlar todo el proceso productivo. En algún momento, incluso, planea producir sus mismas telas.

En Chiconcuac su historia es parte de una serie de experiencias vitales similares. Con un pasado rural y centrado en los barrios y comunidades, muchos de estos jóvenes han visto transcurrir sus vidas a la par del crecimiento acelerado del comercio y la producción y venta de productos textiles. A diferencia de sus vecinos de pueblos cercanos, la versatilidad y dinamismo del pueblo parece que no están aun por concluir.

Conclusiones de este trabajo

Los campesinos no sólo cultivan pedazos de tierra, sino que, como expresa Roseberry (1991);

...participan ahora en una amplia variedad de estrategias de reproducción y acumulación entre las que pueden citarse el tejido, la costura, la elaboración de ladrillos, preparación de alimentos, comercio subalterno...una enorme población de productores de mercancías simples con muy limitado acceso a la tierra...pueden incluir migración estacional o permanente...de esta manera, el comercio subalterno puede involucrar sistemas de comercialización regional y extra-regional (Citado por Gissi, 2009: 55).

En este trabajo, he presentado el caso de un pueblo ubicado en las cercanías de la ciudad de México, un pueblo que hasta hace poco la literatura había reportado como parte de una región económica y cultural similar a otros espacios campesinos de México (Palerm y Wolf, 1980).

Sin embargo, como he insistido aquí, se trata ahora de un lugar sometido a profundas y complejas transformaciones. Me ha sido imposible retratar todo en detalle y he dejado mucho material fuera de este documento. Mi objetivo ha sido un resultado parcial de la investigación que desarrollé en el lugar, y para ello me he fijado el propósito de destacar la coexistencia de cuatro componentes centrales que caracterizarían al sistema económico y social de Chiconcuac.

Por supuesto, quiero insistir en que se trata de sistemas que no son unidades aisladas, al contrario, conectadas en varios puntos. Por esto no es raro que veamos

que varios de los artesanos del pueblo, por ejemplo, a la vez que sostienen discursos fuertes sobre tradición y cultura local, administran un puesto de ropa en el mercado o tienen un pequeño taller familiar de producción de ropa. Ellos transitan, y esto es probablemente un signo de la manera en que se expresa el capitalismo para ellos, por varias unidades o subsistemas económicos y sociales.

En este sentido, la mayor parte de las personas que conocí en este pueblo, se pueden mover con facilidad en esa doble racionalidad, a veces transitando en lógicas culturales capitalistas, otras más bien no capitalistas, a veces subrayando lo individual, otras volcados a lo social. Lo destacable, en esta parte, es que al parecer no lo experimentan como una historia de rupturas, al contrario, como un continuo en las que se expresa su propia subjetividad social.

Quiero destacar también el hecho de que, aunque ahora observamos una marcada notoriedad o centralidad del modelo postfordista en la vida económica del pueblo, eso no significa que ese subsistema gobierne las conductas y el comportamiento de todos los habitantes. Mi tesis en este punto es que uno de los subsistemas puede tener materialmente poca fuerza (el caso del modo de producción artesanal), pero puede ser clave en la explicación de las ideas y las cosas.

El punto aquí es que lo ideal y lo material están profundamente imbricados, pero no del modo lineal ni transparente que habíamos supuesto. Como lo explican enfoques como los de economía cultural, la economía y la cultura son parte del mismo mundo relacionado, por lo que la economía se debe comprender como una construcción cultural (Sahalins, 1997; Appadurai, 1991). Precisamente creo haber demostrado en este escrito que sociedad, cultura y economía sólo pueden leerse y explicarse en forma conjunta y no como unidades separadas.

Cuando estaba realizando mi trabajo de campo en el pueblo, y a medida que me adentraba más en su comprensión, resultaba para mí evidente que existían serias dificultades para dar cuenta de la totalidad cuando lo que observaba a cada instante era una mezcla de aspectos contrastantes. ¿Cómo leer lo que estaba frente a mis ojos, sin olvidar los detalles importantes y sin, tampoco, reificar una mirada homogénea que terminase por engañar al lector?

Marx, al estudiar las transformaciones de la economía en la Europa industrial veía, con los ojos propios a su época de signo evolucionista, que la industria y manufactura domiciliaria estaba siendo reemplazada por la gran industria (1973). En una mirada secuencial, suponía que la consolidación de un modo de producción, capitalista en este caso, iba a reemplazar a los anteriores que le precedieron. Sin embargo, tal como lo he presentado hasta aquí, no sólo han coexistido las más diversas formas de producción y circulación de mercancías en Chiconcuac, sino que, además, parecen del todo compatibles.

En la actualidad, el estudio sobre las economías continúa siendo relevante para la antropología, e incluso se detecta un énfasis cada vez mayor por analizar y comprender al propio capitalismo en sus expresiones tardías. Aun cuando no se puede hablar de una corriente consolidada de estudios sobre capitalismo en antropología, nos dice Michael Blim, hay una efervescente producción de textos y enfoques que indica su importancia cada vez mayor (2000).

Como es propio a la disciplina antropológica, uno de los centros de atención ha consistido en la comprensión de la enorme e incrementada variabilidad económica reportada en las sociedades capitalistas. Mi interés por la economía y los mercados en este pueblo, por supuesto, reside en la posibilidad de entender, a partir de su observación sistemática, algunos de los cambios y transformaciones culturales relevantes de esta sociedad. Es decir, la economía importa por lo que de la cultura nos informa.

Deleuze y Guattari han intentado explicar la sucesión de imágenes y significados que se desprenden del capitalismo contemporáneo a partir de la idea de rizoma. Esto significa que en lugar de usar metáforas arborescentes para explicar la sociedad, explicaciones de tipo binarios (que dominaron la psicología, la lingüística y el estructuralismo), debemos pensar mejor en raíces múltiples, múltiples conexiones y diferentes intensidades (1997).

Al observar un pueblo como Chiconcuac, que es en realidad muchos pueblos y lógicas urbanas de México, no es factible una lectura fácil. Hay un paisaje atiborrado de diferentes elementos culturales que se explican más bien por el momento

postindustrial o postfordista. Dispersión, fragmentación, y des-linealidad constituyen ahora lo común y previsible (Fraser, 2003).

Al recorrer las calles de este pueblo-mercado de Chiconcuac queda una sensación de pérdida y transformación. El consumismo como aquella filosofía de la sociedad sin clases se hace patente. El capitalismo tardío, ahora presente en el campo y la ciudad, aparece más que nunca como una estética de las apariencias y un espectáculo de la sociedad en la que nos está tocando vivir.

Bibliografía

Abedrop, E. (1981), *La Industria Maquiladora en México: evolución del empleo y el impacto socioeconómico en las regiones de mayor concentración de estas industrias (1965-1980)*. Tesis de Licenciatura en Ingeniería, México, Universidad Iberoamericana.

Appadurai, A. (1991), “Introducción: las mercancías y la política del valor”, en: Arjun Appadurai (ed.), *La vida social de las cosas: perspectiva cultural de las mercancías*, México, Grijalbo.

Benjamin, W. (1977), *Tesis sobre la filosofía de la historia*, México, Premia Editora.

Blim, M. (2000), “Capitalism in Late Modernity” en *Annual Review Anthropology*. USA, 29, pp.25-38.

Cabrera, M. G. (1976), *Economía y Poder: el caso de Chiconcuac*. Tesis de Maestría en Ciencias. Chapingo, Escuela Nacional de Agricultura, Colegio de Postgraduados.

Castell, M. y A. Portes (1986), “World Underneath: The origins, dynamics, and effects of the informal economy”, Ponencia presentada en la *Conference on the comparative study of the informal sector*, USA, Harper’s Ferry.

Creel, M. (1977), *Chiconcuac: pueblo de artesanos y capitalistas*, Tesis de Licenciatura en Antropología Social, México, Universidad Iberoamericana.

Deleuze, G. y F. Guattari (1997), *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, París, Pre-Textos.

Diskin, M. y S. Cook (1975), *Mercados de Oaxaca*, México, INI y SEP, Colección Serie Antropología Social.

- Domenech, C. (1979), *Procesos de cambio y transformaciones de dos comunidades campesinas: Mesón Viejo y Chiconcuac*, Tesis de Licenciatura en Antropología Social, México, Universidad Iberoamericana.
- Fraser, N. (2003), “¿De la disciplina hacia la flexibilización?. Releyendo a Foucault bajo la sombra de la globalización”, en: *Revista mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, enero-abril, año/vol. XLVI, Número 187, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Págs. 15-33.
- Gissi, N. (2009), *Sistemas de intercambio económico, redes sociales e integración urbana de la población Mixteca y Chocholteca en la Colonia San Miguel Teotongo, Ciudad de México*, Tesis de Doctorado en Antropología, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hannerz, U. (1986), *Explorando la Ciudad. Hacia una antropología urbana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, D. (1998), *La Condición de la Posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Hernández, P. y S. Rangel (2001) *Aumento de la micro y pequeña empresa textil en el municipio de Chiconcuac, Estado de México*, Tesis de Licenciatura en Administración de Empresas Agropecuarias, Chapingo, Universidad Autónoma de Chapingo.
- Jameson, F. (1991), *El Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Editorial Paidós.
- Lash, S. y J. Urry. (1998), *Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Ligth, I. y S. Gold. (2000), *Ethnic economies*, San Diego, Academia Press.
- Marx, K. (1973), “Crítica al Programa de Gotha”, en Karl Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas*, Buenos Aires, Editorial Ciencias del Hombre.
- Montiel, M. (2009), *Una mirada detrás del telón. Entre la formalidad y la informalidad de los productores y comerciantes de microempresas del vestido de un municipio del sur de Tlaxcala*, Tesis de Maestría en Antropología Social, México, CIESAS.

- Palerm, A. y E. Wolf (1980), *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, México, SEP Diana.
- Parella, S. (2005), “Estrategias de los comercios étnicos en Barcelona”, en *Revista Política y Cultura*, México, Número 23, primavera de 2005.
- Ramírez, K. (2006), *Plan de Negocios de Exportación de la Empresa Textil Confecciones y Modas Alfa Romero S.A. de C.V. en Chiconcuac, Estado de México para el Mercado Chileno*, Tesis en Comercio Internacional de Productos Agropecuarios, Chapingo, Universidad Autónoma de Chapingo.
- Rodríguez, D. (2008), “Parentesco, trabajo y comunidad: el sistema de cargos en Chiconcuac, Estado de México”, en *Diario de Campo*, Suplemento N. 47, México, INAH.
- Sahlins, M. (1997), *Cultura y Razón Práctica*, Barcelona, Gedisa.
- Santos, B. y M. García Villegas (2004), *El Caleidoscopio de las Justicias en Colombia*, Colombia, Siglo del Hombre Editores y Universidad de los Andes.
- Taussig, M. (1995), *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- Wolf, E. (1987), *Europa y la gente sin historia*, México, Editorial Fondo de Cultura Económica.
- (1982), *Los campesinos*, México, Editorial Siglo XXI.